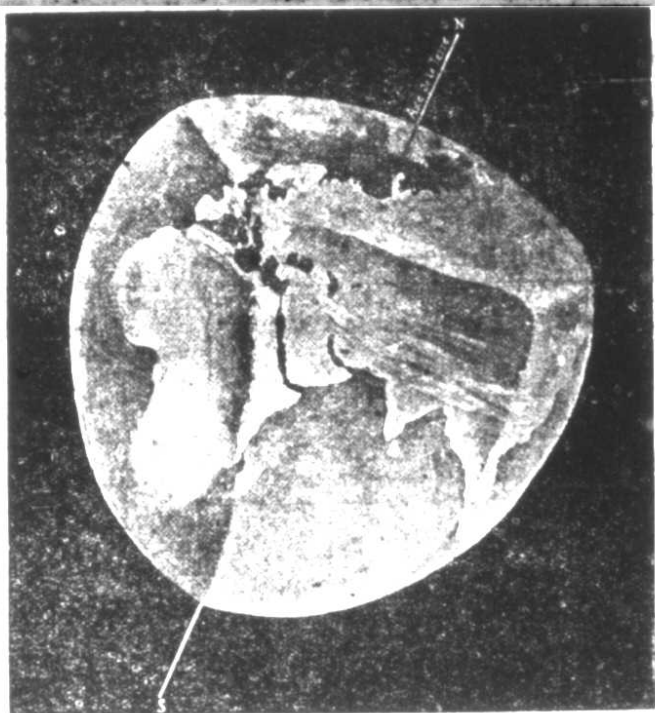




La Tierra no es precisamente redonda, sino que tiende, a causa de la contraacción, a tomar una forma piramidal, con 4 caras y 4 vértices.

bajo cero. Poco a poco entonces la Tierra se rodeó de un espeso manto de nubes, tal como el planeta Júpiter en su período actual. Vino luego la hora final: formóse en su superficie una costra que aprisionó en su seno un núcleo gaseoso y líquido a alta temperatura. Comenzaron los períodos geológicos, apareció la vida en las tibias aguas en tanto que el frío, siempre en la obra, contraía incesantemente la masa interior. Pronto la cubierta exterior se hizo demasiado grande para la masa líquida interna: fue

entonces cuando aparecieron las arrugas de la corteza, las asperezas que más tarde habían de dar origen a nuestras cadenas de montañas.

La primera osamenta de la Tierra.
—Pero nada en la Naturaleza se hace sin leyes. Siempre se había creído que las líneas de relieve se habían formado un poco al acaso, cuando Lowthean Green, hace ya medio siglo, indicó el proceso general de la formación de los continentes. Ridiculizada al principio, la teoría de Green al fin fue acep-

dura, me inspiraban tal respeto, que nunca me habría atrevido a entrar en relaciones con ellos; ni me parecía probable que con ellos pudiera comunicarme por los mismos medios de que nos servimos los cachallos en nuestro trato recíproco.

Melancólicas reflexiones y propósito descabellado

Gracias a aquel aislamiento en que me hallaba, caí en una negra melancolía y me entregué a las más desconsoladoras cavilaciones.

Al reparar los sucesos de mi vida, de esta vida tan corta todavía y ya acibarada con tantos padecimientos. Meditaba sobre la crueldad y la injusticia del trato que me habían dado los hombres; se me representaban al vivo las escenas en que yo había tenido parte, siempre como víctima, y otras en que había visto maltratar inicivamente a seres de mi especie; ponderaba la insensi-

tada debido al alto patrocinio de Lapparent. Desde el punto de vista astronómico, faltaba por aclarar más de un asunto. Tal es la obra que en colaboración de mi amigo el Coronel Ligondès he logrado llevar a buen término en estos últimos años. Ya desde 1902 había indicado yo el partido que se podía sacar del bosquejo de Green para explicar la teoría del volcanismo y de los temblores de tierra. Algunas líneas bastarán para poner al lector al corriente de la hipótesis.

La Tierra es redonda sin duda alguna; su movimiento de rotación la ha inflado en el ecuador y achatado en los polos; tal es la fórmula general, que hoy ya se ha hecho clásica. Pero disminuyendo su volumen a causa del enfriamiento, la Tierra se ha encontrado en el caso de un globo al que se desinflase poco a poco: tiende hacia una forma piramidal con cuatro caras y cuatro vértices. Examinad un globo terrestre. Tres de las caras están representadas por depresiones: las hoyas del Pacífico, del océano Atlántico y el mar de las Indias. A estas profundidades corresponden por encima del 60 paralelo norte, tres de los vértices de nuestra pirámide, que se dibujaron casi desde un principio como lo atestiguan vastos yacimientos de terrenos primitivos. Esos vértices se hallan en el Canadá, el Báltico y Siberia. De esos tres vértices parten ramificaciones que, más o menos interrumpidas, continúan hasta el polo Sur. Desde el viaje de Nansen sabemos que la cuarta cara puede ser instalada en la gran concavidad ártica, en tanto que el continente antártico constituye el cuarto vértice de nuestra pirámide.

Las grandes líneas de fractura.
—Al rededor de esas aristas y de esos vértices, que han permanecido estables durante los grandes períodos geológicos y que constituyen algo así como la osamenta de la tierra firme, será donde se efectúan las que pudiéramos llamar revoluciones lentas del globo. Todos

bilidad de que hizo prueba mi primitivo dueño cuando me entregó a un extraño sin dar muestra alguna de sentimiento, sin hacerme una caricia y sin dirigirme una palabra de cariño; recordaba el odioso Gerencio, que, antes de saber si yo merecería castigo, me aplicaba el más riguroso; me llenaba de indignación contemplando que los hombres que habían sido testigos de mis quebrantos sólo en un caso habían acudido a auxiliarme, y en un caso sólo había habido quien manifestase compasión de verme sufrir. Lejos de mostrarse compadecido, por lo común habían convertido mis cuitas en materia de chacota y de grosero entretenimiento.

Discurría también que si nuestros tiranos nos procuran el alimento y otras coyuntencias, no lo hacen generosamente por benevolencia ni por afecto, sino porque les interesa conservarnos y man-

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 11

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO IV

Bienestar material y malestar moral

En el Paisaje, potrero de ceba a donde me llevaron, no había animal ninguno de mi especie, con lo que, por primera vez en mi vida, me hallé en absoluta soledad. No reputaba yo como compañeros a los bueyes que, en número de sesenta u ochenta, é imitando, aunque sin saberlo, la conducta que, según he oído decir, deben observar los hombres, se preparaban en el retiro para la muerte. Los bueyes con su nunca desmentida gravedad, con su aire de honradez, de integridad y de cor-